El País, 31 de Julio, 1989.

'Bailaor'

El Güito

Veranos de la Villa. Madrid. Jardines de Cecilio Rodríguez. 29 de julio.

ÁNGEL ÁLVAREZ CABALLERO

El baile de El Güito puede ser, casi, paradigma del ideal del baile flamenco: sobriedad, ascetismo, economía de medios expresivos. Sin desmelenes, sin gesticulaciones porque sí, sin zapatazos gratuitos. Lo justo, nada más; ni nada menos.

Vérselo hacer a este *bailaor* gitano de Madrid es un puro gozo. La farruca, la soleá —siempre la soleá—, las bulerías, son en el baile varonil y señor de El Güito cauce admirable de sabiduría *jonda*. Güito tiene el don de la armonía, del entendimiento profundo de lo que el buen baile flamenco debe ser. Una rara facultad para pasar del taconeo enérgico a una grácil levedad, en un tránsito sin ruptura, de belleza absoluta, en que pasa por los más diversos trances del baile. Esa austeridad interpretativa, ese dominio de los recursos más ortodoxos y válidos al servicio de su baile, son fruto de la larga experiencia del *bailaor*, que cuenta 47 años de vida, casi todos entregado a este arte.

Sería injusto silenciar la colaboración inestimable en este triunfo del cuadro de *tocaores* y *cantaores*. Espléndido el cante de Ramón el Portugués, Rafael Fajardo y Enrique el Extremeño, y espléndido el toque del Bola, el Camborio y el Niño del Tupé. No estuvieron a la altura, en cambio, las *bailaoras*.